

La utopía de Fernández de los Ríos

Luis Moya González

Si fuéramos tan pródigos en obras como en proyectos, Madrid y España entera sería una maravilla.

A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS,
El futuro Madrid

Son muchas las utopías que han sido imaginadas y escritas en una mesa de trabajo a cientos de kilómetros del lugar ideado. Quizá sean las más auténticas aquellas que hacen más honor al nombre de utopía, *οὔτοπος*, el «sin lugar» del renacentista Tomás Moro. Porque, aunque Fernández de los Ríos conocía su Madrid como la palma de la mano, fue en la lejanía distanciada de su exilio parisiense donde, ayudado sin duda de un buen plano¹, escribió su obra *El futuro Madrid*, de la misma manera que, años más tarde y en otra coordenada, ese otro transterrado que fuera Joyce diera cuenta en *Ulises* de la vida urbana cotidiana de su Dublín natural, con sus esquinas, olores y sabores, desde cuartuchos y pensiones continentales. El alejamiento proporciona a la mente y a la imaginación esa libertad que la temporalidad inmediata, con sus problemas acuciantes y su dificultad de reflexión y matización memorística, ahora y necesita a la hora de resolver cuestiones que necesitan de decisiones urgentes.

La utopía urbana es positiva, porque suministra ideas para futuras realizaciones. La ambición de mejorar las condiciones de vida del hombre en este terreno, como en otros, es lo que produce el progreso. Y nuestro personaje, político y periodista, es una de las figuras más representativas del progresismo del siglo XIX, entendiéndolo éste como un optimismo radical acerca de la racionalidad del hombre y como una confianza absoluta en los adelantos técnicos y sociales para mejorar la condición humana.

Sin embargo, quizá los arquitectos sintamos más críticamente alguna carencia con-

creta en las propuestas de este liberal del siglo XIX, como sería una cierta capacidad de Fernández de los Ríos para representar gráficamente aquéllas. Esto hubiera sido deseable por diversas causas: no sólo hubiera ayudado a una mayor comprensión desde nuestra perspectiva actual, sino que probablemente le hubiera llevado a él mismo a un mayor abundamiento y compleción de sus proyectos, y quizá, por qué no, y esto es importante en cualquier propuesta que tenga una finalidad pragmática más o menos lejana, hubiera propiciado un más profundo entendimiento o incluso aceptación por parte de sus contemporáneos².

En estas breves líneas no podemos entrar a hacer un resumen comentado de todas sus reformas ni tampoco de las distintas y apasionantes vicisitudes de su vida, tan paradigmática, por otra parte, de toda esa casta de hombres que sintieron la necesidad de modernizar y europeizar España y pagaron caro sus empeños. Para ello remito al lector a los magníficos textos de Antonio Bonet Correa y Arturo Soria Puig³. Me voy a referir más bien a las reformas puntuales en el Madrid consolidado de sus tiempos que considero más significativas.

Sus reformas vienen marcadas lógicamente por su forma de pensar: librepensador, europeísta —más concretamente afrancesado— y también anticlerical, sin que ello sea óbice, muy al contrario, para que demuestre un profundo respeto, que no acatamiento, por ideologías no afines con la suya, y sobre todo con las personalidades que las sustentan. Acordemente con ello, en sus propuestas de aperturas de calles y plazas, son los conventos e iglesias los primeros en caer víctimas de la piqueta y en inclinarse ante la arrolladora idea del progreso. También en esa línea tenemos el ejemplo de la secularización de los cementerios madrileños, que quedan unificados en un único cementerio civil, situado al final de la Casa de Campo. Impone, asimismo, una curiosa e ingeniosa condición para embellecerlo,

como es el hecho de que cada enterramiento lleve aparejado que se plante un árbol junto al mismo, mientras que la colocación de lápidas, cruces, templetos y demás ornato se deja al libre arbitrio y a la decisión de los deudos. También su europeísmo tiene manifestaciones concretas, como es su aberración por la fiesta de los toros, aunque reconozca que se trata de una fiesta que responde «al gusto estragado de una parte de nuestro pueblo»; su propuesta al respecto es el traslado de la Plaza de Toros, lejos de su emplazamiento de entonces frente al Retiro, cerca de la Puerta de Alcalá, y su negativa a que sean las instituciones públicas las que sostengan dicho espectáculo bárbaro, aunque populista.

Podemos decir que no hay punto alguno del Madrid de su tiempo que no se viera abordado por el pensamiento de Fernández de los Ríos y para el que, consecuentemente, no propusiera alguna reforma. Trataremos aquí de entresacar y sintetizar los criterios más o menos comunes de sus reformas.

Podría decirse que tiene un modelo haussmanniano de concebir la mejora de la ciudad, con un crecimiento asegurado como corresponde a la capital de una nación civilizada. Por tanto, es partidario de un Ensanche, aunque no estuviera de acuerdo con la forma de damero, centrandó sus críticas al proyecto de Carlos María de Castro en la poca vinculación del Ensanche con la ciudad preexistente. Propugna, en cambio, en lo consolidado, la apertura de grandes vías rectas, uniendo edificios públicos de la ciudad y piezas regulares.

La primera dificultad a la que se enfrenta a la hora de llevar a cabo este modelo consiste en que las grandes instituciones no tienen su sede en los edificios adecuados; comienza así un sutil juego de ajedrez en el que va moviendo sus piezas y ejecutando sus cambios, de forma que las sustituciones operadas, inexorablemente, llevan consigo la desaparición del uso de algún edificio religioso y su sustitución por un uso civil.

Este es el caso de la Casa de la Villa, cuyo emplazamiento actual considera muy por debajo de la categoría del Hôtel de Ville parisino; lo traslada, por tanto, al palacio de Buenavista, demostrando al paso que éste pertenece legalmente al Ayuntamiento, y el Ministerio de la Guerra, que a la sazón ocupaba este último, lo traslada al convento de las Comendadoras, lugar ideal, según Fernández de los Ríos, dada su proximidad al cuartel del Conde Duque y su capacidad de generar vida en un barrio deteriorado. Lo mismo piensa para el Ministerio de Fomento, la Bolsa, el Gobierno Civil, la Diputación y otras instituciones importantes.

Una vez bien ubicadas las instituciones, es necesario comunicarlas con vías representativas y, en algunos casos, dotarlas de una plaza que sirva de marco adecuado. Otras plazas se crean con un valor propio, es decir, el valor que el propio Fernández de los Ríos les da, y son capaces de atraer edificios con usos específicos. Es el caso de las plazas de Europa y de Colón, de las que hablaremos más adelante.

El procedimiento utilizado para llevar a cabo estas reformas es el que hoy denominaríamos con el traumático nombre de *cirujía urbana* y que entonces se denominaba *saneamiento de la ciudad*, eliminación de la ciudad insalubre generadora de epidemias, según los principios urbanísticos progresistas de la época. Naturalmente, esto suponía una fuerte convicción, de la que hoy carecemos, de que lo que se iba a construir era mejor que lo que se iba a destruir. Las demoliciones de Fernández de los Ríos nunca son de zonas enteras, sino puntuales, para la apertura de una calle o una plaza, y afectaban principalmente a edificios religiosos, lo cual, además de su clara raíz en su laicismo personal, corresponde a una medida muy utilizada desde principios de siglo, si se recuerda la actuación urbanística de José Bonaparte, la desamortización eclesiástica de Mendizábal y la de Madoz en 1855.

La reforma de la calle Bailén era primor-

dial para reforzar la imagen del Palacio Real en contacto con la villa de Madrid. Consistía en prolongar la calle por el norte, hasta el palacio de Liria, demoliendo el cuartel de San Gil y haciendo en su lugar la plaza de San Marcial (hoy plaza de España); pero el sur tendría en su extremo la iglesia de San Francisco el Grande, a la que encomienda la sede del panteón nacional para el eterno reposo de los hombres ilustres. Esto supone la construcción del viaducto sobre la calle Segovia, que se construye, de hierro, por iniciativa de Fernández de los Ríos, por primera vez en 1874. Pero como además de esta finalidad de relacionar edificios significativos de la ciudad, él pretende que las grandes vías faciliten el tráfico, drenando las callejas hacia el exterior de la ciudad, hacia los espacios libres, prolonga la calle Bailén por la calle Vallehermoso, con un pequeño quiebro entre el palacio de Liria y el cuartel del Conde Duque, hasta llegar a la explanada de Amanuel en la Ronda, y por el sur, y en línea recta, demoliendo el convento de la Orden Tercera, llega hasta la glorieta del Puente de Toledo.

Plantea una gran calle, casi perpendicular a la anterior, que una en línea recta el panteón (San Francisco el Grande) con el Palacio de Congresos y, por tanto, con el Salón del Prado. En el medio, aproximadamente, sitúa la Bolsa, en la intersección de esta vía, que llama Calle Nacional, con la calle Atocha y la calle de Carretas, que prolonga desde la Puerta del Sol hasta la plaza del Progreso, hoy comunicadas a través de la calle del Doctor Cortezo, entre las plazas de Benavente y del Progreso. En dicho lugar se encontraba el convento de la Trinidad, que entonces ocupaba el Ministerio de Fomento, al cual traslada a un lateral de San Francisco el Grande. De dicho edificio salva el claustro y la escalera conducente a la planta principal, para formar parte del nuevo edificio de la Bolsa. En esta calle, como en otras cuya apertura propone, describe, con una meticulosidad encomiable, las ca-

lles preexistentes que aprovecha, así como cada uno de los edificios que demuele.

Otra calle importante que atraviesa el Madrid más antiguo es la que él llama de Antillón, que partiendo de la cuesta de Santo Domingo llega hasta la plaza del Carmen. Amplía dicha plaza demoliendo el convento del mismo nombre y la iglesia de San Luis, y la llama plaza de Colón, pasando a ser un centro de intercambio comercial y cultural madrileño, donde sitúa el Ateneo, el Casino, el Círculo de Comercio y un hotel para extranjeros; como la plaza estaba concebida para encuentro de paseantes y ociosos, proyecta una arcada alrededor, a la que se abren los comercios y que sirve asimismo de protección, y un gran jardín que haga más grato el recinto cuadrangular, de 120 × 60 m («una reducción de la plaza del Palais Royal de París...»). En fin, se trata de introducir todo aquello de lo que, según Fernández de los Ríos, carece la Puerta del Sol⁴, todo lo cual no puede tampoco ser sustituido por la Plaza Mayor, tal y como proponía Mesonero Romanos, debido a su emplazamiento.

En esta calle, en lugar del convento de las Descalzas Reales, sitúa un mercado central, del que considera que está carente Madrid, lo cual da pábulo a todo tipo de abusos en la venta de comestibles por parte de la iniciativa privada. Dicho mercado sería abastecido por un ferrocarril subterráneo procedente de la vía, también subterránea, que comunica la estación del Príncipe Pío con la de Atocha y que propone que continúe en circunvalación. No se olvida Fernández de los Ríos de dar nombres apropiados a las calles que confluyen tanto a la plaza de Colón como a la de Europa —que comentamos a continuación—, representativas del carácter pedagógico y simbólico que toda utopía contiene; las calles se llaman Velázquez, Tirso, Mariana, Murillo.

Pero la plaza más importante por su magnitud (500 × 250 m) y por su significado es la llamada plaza de Europa. Tiene

forma rectangular con dos semicírculos en los extremos, orientada norte-sur («...forma y dimensiones semejantes a la plaza del Rey de Roma de París»). Su centro se encontraría en la mitad de la actual calle Sagasta y se situaría encerrada en el paralelogramo formado por Santa Engracia, Luchana, Fuencarral y San Mateo. Las calles que afluyen a dicha plaza son las existentes actualmente con ligeros quiebros, para que lo hagan radialmente, y reciben nombres de capitales europeas: Lisboa, Londres, Viena, París, Berlín, San Petersburgo, y así hasta catorce. En el centro propone «una columna en memoria de la abolición de la Inquisición, con el metal de las campanas de los conventos que se derriban, que tantas veces han tocado en son de regocijo para celebrar los autos de fe y los actos de iniquidad de los tiranos que han pesado sobre España por espacio de 300 años». La plaza estaría formada por casas de dos pisos, en parcelas uniformes, y según un modelo de fachada y construcción económica, con dos hiladas de sillería, grueso mínimo de muros y sobriedad de adornos costosos; delante, y dando a la plaza, tendrían un jardín de diez metros. Además, la plaza estaría contorneada por dos filas de árboles y se construiría un edificio lindando con el paseo de Luchana, para hacer una gran sala con usos múltiples: exposiciones regionales, orfeones municipales (el orfeón era para Fernández de los Ríos el símbolo de la solidaridad humana) y grandes reuniones; los arquitectos ingeniosos aprovecharían claustros y otros detalles de los conventos derribados.

En su afán de ventilar la ciudad, propone otras calles como la de Ferraz o San Marcial, que prolonga por un lado hasta Puerta de Hierro y, por otro, hasta la cuesta de Santo Domingo —derribando el convento de la Encarnación— para entroncar con la nueva calle de Antillón, que pasaba tangente al nuevo Mercado Central y abocaba en la plaza de Colón ya explicada. Esta calle serviría, además, para vitalizar la Moncloa,

donde propone abrir los jardines a los madrileños y construir casas de campo.

La calle que hoy lleva su nombre, en el barrio de Argüelles, la concibió como una gran avenida que comunicara la glorieta de Quevedo con la Moncloa; llevaba el nombre de su admirado Stephenson, inventor de la locomotora.

En fin, el plano de Madrid quedaba en su mesa de París, plagado de avenidas rectas y de grandes plazas, poniendo en relación edificios singulares y barrios, y con un viejo caserío que permanecía apabullado, pendiente del contagio de grandeza e higiene.

Capítulo aparte merecería el tratamiento que Fernández de los Ríos daba a parques como el Retiro, que ampliaba desde el Salón del Prado hasta las Rondas, o la Casa de Campo, donde reservaba una parte para residencias veraniegas, al igual que en la Moncloa, lo cual evitaría los desplazamientos al extranjero de las clases acomodadas, pero sin fondo de pérdida de divisas. También es interesante su concepción del transporte por medio de ómnibus, tranvías de sangre y ferrocarril de cintura, imprescindibles según él para descentralizar los lugares de trabajo y fomentar los intercambios personales, todo ello muy coherente con su visión centrifugadora de la ciudad como sistema de equilibrio y saneamiento.

¿Y qué ha quedado de su futuro Madrid? Sabemos de algunas reformas que proceden de su influencia directa y de su breve paso por el Ayuntamiento como concejal de Obras: el mencionado viaducto de la calle Segovia, la plaza del Dos de Mayo, un esbozo de su proyecto de la plaza de la Independencia (aunque a mucha distancia de la Place de L'Etoile de París que él pretendía), la demolición de las tapias de Madrid, la apertura del Retiro a los madrileños y el inicio, en 1871, del funcionamiento de los tranvías de mulas.

Otras propuestas de nuestro personaje apenas han sugerido tímidas reformas posteriores e incluso dudo que procedan de la

lectura de su texto, a pesar de que en el mismo existen anticipaciones asombrosas, como son el situar el nuevo centro de Madrid, en su plaza de Europa, a escasos metros de la actual plaza de Colón, considerada como un punto neurálgico del Madrid de esta década.

Hoy, muchas de las reformas de Fernández de los Ríos han dejado de ser útiles, en un ámbito urbano mucho mayor que el de sus tiempos, y en un momento en que para sanear un barrio se dispone de medios menos traumáticos que la apertura de una gran avenida. No obstante, los interesados en la ciudad y su problemática hemos interiorizado alguno de sus conceptos, como el del engrandecimiento de una ciudad par-

tiendo de lo que existe, del conocimiento de su historia, en abierta contradicción con algún desgraciadamente clásico procedimiento hispano, popularmente caracterizado por el «borrón y cuenta nueva». En cualquier caso, es a todas luces recomendable una lectura pausada de su libro, lectura que proporciona viento nuevo a ideas ya sabidas, olvidadas o recordadas, y que, no contenta con eso, actualiza en la memoria de un pasado no inmediato ese viento de libertad personal y de absoluta falta de prejuicios a la hora de aplicar soluciones racionales a la vida de una ciudad concreta, cuya honestidad y rareza hace que pensemos como utópico lo que fue pensado como real.

ANGEL FERNANDEZ
DE LOS RIOS

Proyecto de Plaza de Europa en la ronda de Santa Bárbara. 1868.
103. *Planta.*

Proyecto de Plaza de Colón en la plaza del Carmen. 1868.
104. *Planta.*

